

Trayectorias de los estudios de género

Balances, retos y propuestas tras 25 años en la PUCP

Capítulo 2

Fanni Muñoz
Cecilia Esparza
Martín Jaime
Editores



BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

305.4 T7 Trayectorias de los estudios de género: balances, retos y propuestas tras 25 años en la PUCP / Fanni Muñoz, Cecilia Esparza y Martín Jaime, editores.-- 1a ed.-- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2019 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).

395 p.; 24 cm.

Reúne los artículos presentados en el seminario “Los caminos trazados por los estudios de género” realizado entre mayo y agosto de 2015 con motivo de los veinticinco años de creación del programa.

Bibliografía: p. 349-389.

D.L. 2019-17080

ISBN 978-612-317-543-6

1. Pontificia Universidad Católica del Perú. Programa de Estudios de Género
2. Estudios sobre las mujeres - Perú - Ensayos, conferencias, etc. 3. Identidad de género - Investigación - Perú 4. Mujeres maltratadas - Perú 5. Rol sexual - Perú
I. Muñoz, Fanni, 1961-, editora II. Esparza, Cecilia, 1961-, editora III. Jaime Ballero, Martín, 1978-, editor IV. Pontificia Universidad Católica del Perú VI. Los caminos trazados por los estudios de género (2015 : Lima, Perú)

BNP: 2019-166

Trayectorias de los estudios de género

Balances, retos y propuestas tras 25 años en la PUCP

Fanni Muñoz, Cecilia Esparza y Martín Jaime, editores

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2019

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Imagen de portada: Ricardo Wiese Rebagliati, 2019

Primera edición: noviembre de 2019

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2019-17080

ISBN: 978-612-317-543-6

Registro del Proyecto Editorial: 31501361901207

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

LOS ESTUDIOS DE GÉNERO EN EL PERÚ APORTES DESDE LA ANTROPOLOGÍA

Norma Fuller

Pontificia Universidad Católica del Perú

Los estudios hoy llamados de género constituyen una de las innovaciones teóricas más importantes de la segunda mitad del siglo XX. Sus aportes más significativos fueron el desmantelamiento de los presupuestos androcéntricos del pensamiento occidental y la constatación de que el género es uno de los ejes que ordenan las sociedades humanas. Ello implicaba una crítica de fondo a las disciplinas consagradas y, más aún, exigía que se las reconstruya, para dar cuenta del aporte de las mujeres. Durante las últimas décadas, han proliferado los estudios sobre esta temática en las diferentes áreas del saber, siendo la disciplina antropológica una de las que más han contribuido a su desarrollo. Esto se debe a que, al estudiar la diversidad cultural, demostró que muchos de los supuestos en los que descansa la subordinación de la mujer —tal como su asociación con la esfera doméstica— no son leyes universales, sino que varían según el tiempo y la cultura y, por tanto, pueden ser modificadas. El intenso debate generado no solo produjo cambios en la teoría sino, por ejemplo, en la aplicación de proyectos de desarrollo y en las políticas públicas, al comprobarse que el sesgo androcéntrico los había conducido a ignorar a la población femenina y a quienes tienen diferentes orientaciones e identidades sexuales, asumiendo que sus necesidades eran las mismas que las de los varones.

En este trabajo intento llevar a cabo un rápido balance de la manera en que los estudios de género se han desarrollado en el Perú. A pesar de que enfoco preferentemente los trabajos antropológicos, a menudo hago también referencias a estudios de otras áreas de las ciencias sociales. Ello se debe a que el género cruza todas las especializaciones y, por supuesto, a la arbitrariedad de las líneas que dividen a estas disciplinas. Mis interrogantes son: en qué medida los estudios sobre género constituyen un aporte propio o la adaptación del debate académico internacional, cuáles son los temas en los que se centró el análisis de las relaciones de género y, finalmente, cuál es el aporte de la teoría de género para comprender los sistemas de género que conviven en la sociedad peruana.

1. GÉNERO, DESARROLLO Y GRUPOS LOCALES

Los primeros trabajos sobre el tema de género se iniciaron a fines de la década de 1970 impulsados, sobre todo, por el apoyo de diversas fundaciones internacionales interesadas en promover la igualdad de oportunidades para las mujeres. Dentro de este marco, los proyectos dirigidos a la población femenina se caracterizaban por su corte asistencialista y por el énfasis que daban a sus funciones reproductivas. En los años noventa, las prioridades de las agencias de desarrollo, como la AID (Agencia para el Desarrollo Internacional), la Cepal (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) y el Banco Mundial, dieron nuevo impulso a estos temas cuando decidieron que era estratégico enfocar a la población femenina como parte de su programa de combate a la pobreza (Buvinic, 1990). En esos años, la investigación se concentró en el diagnóstico de la situación de la población femenina con la finalidad de incluir esta información en el diseño de políticas públicas y programas de apoyo a las poblaciones desfavorecidas en temas tales como educación, salud reproductiva, violencia familiar, trabajo, estrategias de supervivencia y combate a la pobreza. Hacia fines de esta década, dichos programas se extendieron hacia el estudio de las prácticas sexuales masculinas, debido a que la expansión de la epidemia de sida puso sobre el tapete la necesidad de estudiar la sexualidad y la salud reproductiva de los varones.

Esta abundante producción de estudios y la realización de trabajos de promoción permitieron que se acumule un importante bagaje de diagnósticos y análisis sobre la situación de la mujer y de las relaciones de género en la región. Sin embargo, sus acciones han sido y son muy dependientes de los proyectos estatales o de las prioridades de las fundaciones y agencias de desarrollo que financian a las organizaciones no gubernamentales. Ello afecta tanto la agenda de investigaciones como la posibilidad de avanzar en la sistematización y teorización de los datos obtenidos.

No obstante, es preciso remarcar que una de las contribuciones más importantes de estos trabajos ha sido la diseminación del discurso de género. Tres décadas después, sus principales postulados forman parte del sentido común, tanto en el medio rural como en el urbano. Los temas más difundidos al respecto son: el conocimiento de los derechos de las mujeres y de las acciones para defenderlos o usarlos, por un lado; y, por otro, el cuestionamiento crítico de los privilegios masculinos en el hogar. Lo que todavía está pendiente es un trabajo sistemático de evaluación de los cambios producidos en la identidad y la autoestima femenina, en la relación de las mujeres con sus cuerpos y con su sexualidad, en las relaciones de género en el hogar y en la participación femenina en las esferas laboral y política.

2. GÉNERO Y ETNICIDAD

La gran heterogeneidad de tradiciones culturales y de poblaciones que conviven en el territorio peruano ha sido una fuente constante de debate entre quienes enfocan la diversidad cultural y entre quienes se centran en los cambios en curso en la situación de las mujeres. Así, existe una tensión entre la tendencia a entender a las poblaciones marcadas por un origen étnico o racial como unidades culturales que siguen una lógica propia y aquella que busca comprenderlas dentro de procesos mayores, tales como su creciente incorporación a la sociedad nacional y global y los cambios impulsados por la expansión de los derechos de la mujer. Por otro lado, están quienes enfatizan el hecho de que la desigualdad de género se intersecta con otras formas de discriminación, tales como la clase, la raza, la orientación sexual y la edad. Por lo tanto, es necesario integrarlas para dar cuenta de las múltiples formas que puede adoptar la desigualdad.

Para fines expositivos, voy a dividir el análisis de los estudios sobre género en tres contextos que, aunque están en constante interacción, presentan diferencias que permiten identificar algunas características que los distinguen: las poblaciones indígenas de la Amazonía, las poblaciones andino-rurales y las poblaciones del medio urbano.

2.1. Los estudios de género en las poblaciones indígenas amazónicas

El estudio de los sistemas de género en las poblaciones indígenas de la Amazonía resulta de particular importancia para el debate sobre el origen de la subordinación de la mujer y, por tanto, sobre la lógica de los sistemas de género. En estos grupos, la división sexual del trabajo no explica el dominio masculino sobre las mujeres, ya que ellas están a cargo de la mayoría de las actividades productivas. En cambio, el matrimonio es una institución crucial para explicar el control que tienen los varones sobre la vida política, porque las relaciones dentro del grupo son definidas de acuerdo a los derechos y deberes que estos adquieren a través del matrimonio. Un hombre es considerado un adulto solo cuando «recibe» una esposa (Anderson, 1985; Shapiro, 1985; Bant, 1994) por tanto, para estar en condiciones de cumplir sus obligaciones sociales necesita una mujer. Lo opuesto no es cierto, porque cuando una mujer se casa, aquellos que reciben los servicios de su marido son sus padres y no ella misma (Dole, 1974). Es decir, las sociedades amazónicas tradicionales serían casos excelentes para probar la hipótesis según la cual el origen de la subordinación de la mujer debe buscarse en la organización de parentesco (Rubin, 1975). Dentro de esta línea, Bant, Heise y Landeo (1999) proponen que, en el contexto amazónico, el parentesco determina la forma de acceso a los recursos, la organización del trabajo y la distribución

de los productos del trabajo. Estas autoras realizaron un estudio comparativo de cuatro grupos amazónicos: shipibo, chayahuita, ashaninka y yagua y concluyen que se trata de sociedades fuertemente androcéntricas debido a que los padres controlan la circulación de mujeres y estas últimas tienen toda la carga del trabajo doméstico, y realizan además la mayor parte de las labores agrícolas. Estudios sobre otros grupos indígenas de la Amazonía encuentran la misma constante¹.

No obstante, los grupos amazónicos no viven aislados (salvo los no contactados) de la sociedad nacional. Todos los estudios de caso (Stocks & Stocks, 1984; Barclay, 1985; Dradi, 1981; Bant, 1994; Bant y otras, 1999; Fuller, 2013) muestran que las relaciones de género han sido profundamente transformadas debido a sus intercambios con los colonos mestizos (Belaunde, 2011), al impacto de la economía de mercado y al accionar de las instituciones estatales y de los organismos de desarrollo (Quiroz Niño, 2004; Correa & Roopnaraine, 2014). Más aún, las poblaciones indígenas están insertas en múltiples redes de relaciones políticas locales, regionales, nacionales y globales que estimulan la participación de las mujeres y la crítica a las relaciones de género tradicionales (Fuller, 2009; Cárdenas y otros, 2011).

Por ejemplo, estudiando el caso de los wampís awajún que habitan el río Santiago en la región Amazonas, encontré que desde la década de 1970 ellos se han venido integrando a la sociedad nacional a través del sistema escolar, el servicio militar, el sistema de autoridades nacional y ciertos circuitos comerciales que les dan acceso a bienes que ellos aprecian. Ello ha acarreado cambios sustanciales en su sistema de vida: mudaron su patrón de asentamiento disperso para vivir en aldeas que reúnen a grupos de unas cincuenta a cien familias alrededor de una escuela, enviaron a sus hijos e hijas a la escuela, introdujeron ciertos cultivos comerciales y adoptaron nuevas tecnologías. Ello ha impulsado transformaciones radicales en las prácticas sexuales y eróticas y, por tanto, en las relaciones de género.

Los intercambios matrimoniales en la sociedad wampís awajún tradicional se centraban antes en la preocupación por proveer a los varones de esposas y de yernos a los padres. La costumbre era que el joven enviase a un emisario, *mum*, que negociaba la entrega de la muchacha con los padres. Ella no era consultada o, en todo caso, no tomaba la decisión. De ahí que el lenguaje de la circulación de mujeres se centrara en la resistencia femenina a ser tratada como un regalo y en los afanes y pruebas que debían atravesar los jóvenes para recibir estos preciados objetos. Sin embargo, los patrones tradicionales de cortejo y matrimonio están transformándose rápidamente debido a la aparición de ámbitos donde los jóvenes tienen oportunidades de encontrarse fuera del control de los padres y asimismo por su mayor movilidad, sobre todo

¹ Ver: Bant (1994), Belaunde (2005), Espinosa (2007), Fuller (2009, 2013).

los varones, que salen fuera de sus localidades en busca de oportunidades de educarse y trabajar. En la actualidad, los jóvenes pugnan por ser ellos quienes deciden en qué momento y con quién se emparejan. Estos cambios dan a las mujeres oportunidad de decidir con quién casarse y las liberan de las formas más crudas de uso de sus cuerpos. Sin embargo, el incremento de la movilidad de los varones y el control que estos ejercen sobre los ingresos monetarios son factores que han potenciado la posibilidad de que ellos no cumplan con el compromiso de tomar a mujeres de la comunidad por esposas ni con sus deberes como yernos hacia los padres de la novia. Ello constituye un cambio radical en el sistema tradicional que se basa en el servicio de la novia (Fuller, 2013), según el cual el yerno se traslada a vivir en la aldea de la novia y está bajo la autoridad del suegro. Al romperse la relación entre yernos y padres políticos, se introducen cambios sustanciales, ya que se priva a los padres de esta importante fuente de recursos y se cuestiona su poder sobre las y los jóvenes.

En suma, en la actualidad resulta problemático analizar a las poblaciones nativas como culturas diferentes y es cada vez más urgente tener en cuenta sus complejas articulaciones con otras regiones, con la sociedad nacional y con las instancias globales.

2.2. Los estudios de género en los Andes rurales

En lo referente a los sistemas de género en el área rural andina, existe un debate particularmente intenso y polarizado, el cual podemos decir de manera gruesa que está dividido entre quienes argumentan que las relaciones de género en ella son igualitarias, quienes sostienen que están ordenadas jerárquicamente y quienes se interesan en sus formas de articulación con la sociedad nacional y global. De acuerdo con los primeros, en la cultura andina las relaciones de género son básicamente igualitarias porque, según su cosmovisión, lo masculino y lo femenino son categorías complementarias y no jerarquizadas (Isbell, 1972, Núñez del Prado, 1972, 1975; Ossio, 1980). Según proponen estos autores, la categoría *yanantin* disuelve las categorías masculina y femenina en una nueva unidad, el modelo conyugal que define las relaciones entre varones y mujeres, es decir, el *yanantin*. La ausencia de participación de las mujeres en espacios públicos sería un rasgo cultural propio que no anularía el poder de decisión que ellas tienen para asuntos tanto de orden público como privado. Así, numerosas etnografías muestran que hombres y mujeres no solamente comparten, sino que permutan las responsabilidades en el trabajo agrícola e inclusive en el trabajo doméstico. Estos estudios resultan particularmente atractivos porque comprobarían tanto la hipótesis según la cual el predominio masculino es un producto histórico como la existencia de sociedades donde mujeres y varones tienen derechos similares.

Los críticos de este enfoque señalan que este tiende a idealizar a la cultura andina y deja de lado el hecho de que los sistemas de género son más amplios que la unidad conyugal, en tanto comprenden circuitos de intercambio de bienes, redes laborales, expresiones rituales y relaciones políticas (Bourque & Warren, 1981; Harris, 1985). En todos esos campos, las mujeres están subordinadas o ausentes en el campo andino. Ellas no participan en las asambleas comunales ni en el sistema de autoridades, tampoco en los trabajos colectivos, como miembros plenos. Incluso las representaciones de género no son necesariamente simétricas. Además, los grupos de trabajo y los rituales mixtos acentúan la fragilidad femenina y la fortaleza masculina. En otros casos, las deidades femeninas, como la Pachamama, son representadas como ambivalentes y potencialmente peligrosas (Harris, 1985). Así, la complementariedad es un ideal que no explica todas las relaciones de género en la sociedad andina, relaciones que deben entenderse dentro de sistemas complejos que cambian contextualmente y no pueden ser explicados a través de un solo factor o ámbito institucional.

Los intentos por superar estos impases dejan de lado la noción de identidad cultural porque, según observan quienes defienden esta tendencia, el género, la etnicidad y la raza no son rasgos naturales o fijos, sino formas de clasificar y jerarquizar a las personas o poblaciones. En ese sentido, la etnicidad y el género serían conceptos útiles para desentrañar las complejas maneras en que se reproduce la subalternización de las mujeres y de las etnias marcadas.

Este tipo de enfoque señala que las diferencias culturales y étnicas no son estáticas, por el contrario, los actores despliegan complejas estrategias para avanzar en sus intereses usando tanto el género como la etnicidad para negociar su posición (De la Cadena, 1996; Harvey, 1989). Esta perspectiva busca también dar cuenta de la manera en que los sujetos cuestionan estas jerarquías y sus puntos de hibridación. Por ello tienden a enfocar los ámbitos en los cuales las fronteras raciales son imposibles de mantener, donde lo rural y lo urbano se encuentran y donde mestizos e indios interactúan (De la Cadena, 2000; Poole, 1987; Weismantel, 2001).

Una tercera línea de estudios pone mayor énfasis en los cambios en las relaciones de género que acompañan la reorientación de la producción agraria hacia los mercados nacionales, la más estrecha conexión política entre la sierra y la costa urbanizada y la expansión del Estado en el medio rural. Dentro de esta tradición, Deere y León (1986, 2000) analizan la expansión del capitalismo moderno en una región del norte del Perú y sugieren que no se trata de un proceso lineal, sino que su desenvolvimiento depende de cómo se intersectan las diferencias regionales, de clase y de género. En un estudio desde esta perspectiva, Ruiz Bravo (2004) contrasta dos sistemas de hacienda: el gamonalismo, fundado en relaciones serviles, y la hacienda capitalista, basada en el salario masculino. Según sugiere, las características propias de

cada sistema condujeron a la configuración de dos grandes modelos: el andino, que identifica a la mujer con la producción, el comercio y la laboriosidad, y el costeño, que la define en torno a la ética del cuidado y la entrega a los otros. Cuando la reforma agraria desmontó el sistema hacendal, cada una de las regiones atravesó por procesos diferentes. Entre las mujeres del sur, el trabajo sería el medio fundamental para salir de la pobreza, dejar atrás la servidumbre e ingresar al campo de la política local; en el norte, en cambio, el desmantelamiento de la hacienda no abrió nuevas alternativas a las mujeres, dado que no estaban preparadas para integrarse a la esfera productiva.

Balances recientes sobre la situación de la mujer rural en el Perú (Cárdenas y otros, 2011; Ruiz Bravo & Castro, 2011; Hernández Asencio 2012; Agüero & Barreto, 2012; Diez, 2012) concluyen que el principal cambio en el estatus de las mujeres ha sido el acceso a la educación, al empleo remunerado y a la participación política. Sin embargo, persisten debilidades, como la falta de seguridad sobre la propiedad y los altos niveles de violencia doméstica. Un estudio sobre la situación de las jóvenes rurales (Hernández Asencio, 2012) sugiere que el avance en el nivel educativo no se debería únicamente a los esfuerzos del Estado durante las últimas décadas para ampliar el acceso y la asistencia a la escuela, sino que hay también un fuerte discurso de las madres de las jóvenes rurales según el cual la educación les brindará mejores oportunidades laborales y les permitirá conocer y ejercer sus derechos como ciudadanas. Es decir, las mismas mujeres serían los actores más activos en estos cambios. Esta perspectiva pone mayor énfasis en la agencia femenina y trata de superar la tendencia a considerarlas como víctimas pasivas.

2.3. Los estudios de género en el medio urbano

Desde la antropología, los primeros intentos de caracterizar el sistema de género urbano estuvieron muy influenciados por el debate en torno a los efectos de la Conquista en la constitución de los sistemas de género de las sociedades mestizas latinoamericanas. Por ello, se tendió a enfatizar los efectos de la jerarquización étnica y de género impuesta desde la colonización española. Diversos autores y autoras (M. Palma, 1990; N. Palma, 1990; Montecino, 1991) proponen que el mundo mestizo, como toda organización social que nace del abuso y del uso del cuerpo de las mujeres vencidas, forjó una cultura de la violación que sería el instrumento de perpetuación y legitimación de la superioridad masculina. Ello estaría al origen de los síndromes del marianismo y del machismo que caracterizarían a las sociedades mestizas latinoamericanas, las cuales se distinguen por la sacralización de la figura materna y el culto a la virilidad aguerrida y dominante (Stevens, 1973). Los críticos a esta interpretación (Fuller, 1994) argumentan que explicar las identidades actuales sobre la base del trauma de la Conquista supone reducir la historia de un continente a un hecho fundante olvidando que se trata de sociedades que no se han congelado en el tiempo.

Desde la década de 1990 se han llevado a cabo diversas investigaciones que intentan trazar los rasgos de los sistemas de género en el medio urbano (Oliart, 1991; Fuller, 1993, 2004; Kogan, 2009, 2010), y todas coinciden en que se caracterizarían por la estricta división de las esferas femenina y masculina y que tales esferas guardan una relación de complementariedad y subordinación. La identidad femenina se construiría alrededor de los roles de esposa y madre; y la masculina, en torno a la autoridad y la responsabilidad (Fuller, 1993, 1997; Raguz, 1995). De allí que se espere que las mujeres privilegien la familia y los varones el trabajo. Existen sin embargo matices según las clases sociales: los sectores altos serían más conservadores, porque los varones tienen el control del patrimonio y las mujeres suelen dedicarse a la familia (Kogan, 2009); los sectores medios, entretanto, serían más críticos y ello se relacionaría con su mayor nivel educativo que les da acceso a profesiones prestigiosas; en los sectores populares, por su parte, se combina un fuerte énfasis en la autoridad masculina con vientos de cambio debidos a los avances en materia educativa y a la participación femenina en movimientos políticos (Vargas, 1992).

Investigaciones realizadas entre varones y mujeres de diferentes sectores encuentran cambios en el repertorio de identidades de género, sobre todo entre los grupos más jóvenes, que están más conectados o son más sensibles a las corrientes ideológicas internacionales (Ponce & La Rosa, 1995; Quintana, 1999; Arias & Aramburú, 2000). Entre tales cambios, se encuentra que las mujeres tienden a dar creciente importancia a la carrera y el trabajo. Mientras tanto, en las ciudades coexisten varones que asocian la masculinidad con el dominio y la potencia sexual, al lado de otros que la asocian más a la responsabilidad y la capacidad de sustentar a otros y contribuir con el avance de su familia y su entorno (Calligos, 1996; Fuller, 1997, 2001, 2004; Ruiz Bravo, 2001; Kogan, 2009). En el caso de los jóvenes, se registra una marcada tendencia a criticar las jerarquías rígidas y a identificarse con valores igualitarios. Las nuevas estéticas vinculadas al desarrollo de la tecnología, las nuevas formas de socializar, el acceso a internet y las modas musicales y en la vestimenta parecen marcar quiebres significativos en los jóvenes respecto a las generaciones de sus mayores (Kogan, 2010).

Finalmente, estudios recientes (Castro, 2005; Pariona, 2016) encuentran que la maternidad está dejando de ser el eje central de la identidad femenina, lo que tales autoras relacionan con el explosivo aumento de jóvenes que cursan estudios universitarios o técnicos y con un notorio descenso de la fecundidad entre las mujeres con educación superior. Por otro lado, se registran cambios en las relaciones de pareja, que tienden a volverse más informales e igualitarias.

3. REFLEXIONES FINALES

En la actualidad contamos con un modesto acervo de investigaciones sobre los sistemas de género de los grupos amazónicos, andinos rurales y urbanos. Todas han avanzado en la tipificación de las relaciones de género y en la descripción de la situación de la mujer en estos diferentes ámbitos. Además, han contribuido a demostrar cómo la etnicidad y la raza refuerzan y producen desigualdades que no se expresan necesariamente en instituciones formales, sino que deben ser captadas en las prácticas diarias y en la intersección de múltiples formas de dominación.

Sin embargo, nos faltan trabajos más amplios, que al mismo tiempo que dan cuenta de nuestras particularidades históricas y culturales puedan situarlas en contextos mayores y nos proporcionen una visión de conjunto de los sistemas de género que conviven en el Perú y de sus complejas relaciones con las sociedades nacional y global.